



www.loqueleo.com/ec

© 1995, 1998, 2004, 2011, 2018 Leonardo Valencia
© De esta edición:
2019, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-937-9
Derechos de autor: 053352
Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2018
Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola
Diseño de portada: Nella Escala
Actividades: Lucrecia Maldonado
Edición de actividades: Sandra Fierro
Diagramación del libro: Ramiro Jiménez
Diagramación del cuaderno de análisis: Fausto Machado
Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La luna nómada

Antología juvenil



Leonardo Valencia

loqueleo



A Manuel Valencia Vázquez,
nomadis magister



*El siniestro espíritu del cosmopolita:
esa consecuencia poco comfortable
de haber conocido muchas tierras
y no sentirse en casa en ninguna.*

HENRY JAMES

*No sentirse en casa en ninguna parte,
pero sentirse bien casi en todos los sitios.*

GEORGES PEREC

*¿Y todo eso no formaba parte de la
gran migración que es la vida del hombre?*

JOHN CHEEVER

Índice



PRÓLOGO	13
El ojo del cíclope	17
Las emisarias	25
El ideograma	37
El demonio en Palestrina	45
Relato de la extranjera	61
Insuperable capítulo seis	69
Peligro para caminantes	83
Una niña en Mehrauli	97
La trama de Montoya	101
Belfegor	117
La bruma	133
<i>Post scriptum</i>	147
DECÁLOGO PROGRESIVO	151
Estudio de la obra	153
Cuaderno de análisis	167

Prólogo
LOS CAMINOS SON UNIVERSALES

por Cecilia Ansaldo Briones



Hubo un tiempo en que la literatura ecuatoriana defendió a rajatabla que la narrativa que pudiera brotar de un escritor nacional tenía que mostrar paisaje, problemática y habla del medio nativo. Eso era estar comprometido con la realidad —siempre tan injusta con los sectores desfavorecidos del país— y era demostrar el sentido ético de la escritura. Habían despreciado el cosmopolitismo de los modernistas, acusándolo de evasionista; igualmente se habían marginado las expresiones vanguardistas. Décadas después se recuperó la libertad de habitar y escribir sobre cualquier mundo posible.

13

Leonardo Valencia fue uno de los que rompió con el fardo de la tradición realista. En su libro *El síndrome de Falcón* (2008) reflexiona sobre la falta de límites de la imaginación y hace un llamado a acercarse a territorios universales, abiertos por una pléyade de escritores del mundo entero. Lo nacional es una voluntad de la psiquis y una raigambre emocional que no ancla la pluma de los creadores.

Este escritor guayaquileño nacido en 1969 es el ejemplo de lo que significa seguir una vocación hasta sus últimas consecuencias. Dejó pronto sus estudios de Derecho

—solo llegó a una licenciatura— para abrirse camino con la escritura: publicidad primero, cierto periodismo y crítica cultural, mientras hacía estudios de literatura hasta conseguir, en Barcelona, un doctorado en Teoría de la Literatura. Su obra creadora apuntaba a la narrativa, a esos «dos siameses que comparten el mismo riñón», como sostuvo Roberto Bolaño al hablar de la novela y el cuento. Con *La luna nómada* (Lima, 1995, Guayaquil, 1998; 2005... y así sucesivamente) ensaya el concepto de libro progresivo, siempre cambiante, que obliga a sus fieles lectores a esperar novedades en cada edición.

Precisamente la movilidad, el carácter nómada de la condición humana, es el rasgo más presente dentro de la narrativa amplia y ambiciosa de Valencia, que parece romper cualquier frontera geográfica y cultural para ahondar en actitudes y problemáticas de profunda humanidad.

Siempre interesado y vinculado con Ecuador (y con Italia, su cultura materna), Valencia, radicado en Barcelona, regresa cada año al país a cumplir tareas universitarias y a involucrarse activamente en el panorama de las letras nacionales, porque su palabra de estudioso también es muy valorada. En Barcelona mantiene el Laboratorio de Escritura, instancia para practicar la escritura con guías y orientaciones múltiples.

Como él mismo lo testimonia, de dos cuentos contenidos en *La luna nómada* surgieron sus novelas: *El desterrado* (2000) de «Peligro para caminantes» y *El libro flotante de Caytran Dolphin* (2006), de «Belfegor» (ambos contenidos en esta colección), largos relatos que han recreado con minuciosidad atmósfera y psiquis de personajes.

La elección de narradores en primera persona es dominante en Valencia. Como si la perspectiva personal situara un ángulo fijo en la mirada, al mismo tiempo que ingresa en cuadros ambientales y recrea diálogos que escucha con sus propios oídos, el personaje que cuenta la historia visita territorios, los mide con mesura y los recorre a paso lento para permitirle al lector la misma experiencia. Véase de manera especial en el cuento «El demonio de Palestrina».

Algunas veces los escritores han confesado que su patria es el idioma. Vale recordar esta idea a la hora de observar el flujo estilístico de esta colección de cuentos. El español es lengua rica, flexible y potente en ellos, como si construir mundos imaginarios exigiera una coherencia indispensable con el decir de una época: así «La trama de Montoya» y «La bruma» ostentan una selección léxica que refuerza su ambientación en momentos históricos pasados. Por lo demás, el autor narra con una serena constatación de la fuerza del lenguaje.

Una sorpresa permanente para el lector radica en los finales de los cuentos. Jamás son previsibles, nunca podemos jugar a los detectives literarios que se anticipan a descubrir la verdad de un cierre. Giros inesperados, ironías, ideas que llaman a completarse proponen una de las atracciones mayores de la narrativa contemporánea: la construcción del sentido del texto, que como la invitación al nomadismo supone movilidad, fluidez.

Si es cierto que la literatura solo proviene o de la vida o de otros libros, Valencia elige en varios casos unas referencias literarias monumentales; en «Insuperable capítulo seis», expresamente basado en la mayor novela de la lengua

española, *Don Quijote de la Mancha*, el juego ingenioso de referencias desfila por los capítulos de ese número de diferentes novelas de todos los tiempos, como si entre ellos hubiera *una hermandad secreta* —en palabras del narrador personaje que es un avezado lector—, que permite que sean leídos desde la Numerología. La herencia borgeana de este cuento es indiscutible, porque en su fondo resuena «La biblioteca de Babel» y otros textos del escritor argentino.

16

«El demonio de Palestrina» indaga imaginariamente sobre un pueblito italiano en las cercanías de Roma, porque en el pasado recibió la visita de los hermanos Thomas y Heinrich Mann —ambos, importantes escritores judío-alemanes— y allí crearon obra literaria. Más que nada Thomas, que escribió numerosas páginas de *Doktor Faustus*. Para la imaginación del narrador-personaje de este cuento, se hace necesario precisar el lugar donde se hizo el pacto entre el protagonista —esta vez un músico alemán— y el demonio. La misma novela es un eco de una leyenda de fines de la Edad Media inmortalizada por Goethe en su epopeya romántica *Fausto*, lo que conlleva una *literarización* en cadena, colaborando con la idea de Borges de que todos los libros son un solo libro.

Los cuentos de Leonardo Valencia recorren los caminos del mundo: Roma, China, India, las islas Galápagos, La Habana, Guayaquil son enclaves de ficciones minuciosas, retratadas con los datos necesarios sobre los marcos culturales elegidos. En ellos el lector respira la amplitud del planeta, vive la multiplicidad de los hechos humanos y siempre experimentará una sorpresa.

El ojo del cíclope



Cada domingo, durante veinticinco años, Victoriano Masdéu se encerró en la habitación secreta de una vieja casa artesonada de la calle Trocadero. Aquella parte de la capital cubana es conocida como La Habana Vieja. Para otros no es más que la antigua ciudad de intramuros, la ciudad de sombras.

17

La habitación no mide más de diez metros cuadrados. Por ventana tiene un tragaluz angosto, que aunque no ilumina lo suficiente al menos ventila. Sus paredes son ásperas, inacabadas, pero escudan sabiamente del bochorno tropical, y de ellas penden candelabros de gancho retorcido con gruesas velas de sebo. Durante tres generaciones el cuarto fue un secreto que solo pasaba de padre a hijo. Luego, finalmente, decidieron contarle al resto de la familia. Podían conocerla porque los temores corsarios por los cuales fue creada estaban empolvados desde tiempo atrás: la isla era un tranquilo y prometedor emporio turístico. Así, expuesta ante todos, sin secreto, la habitación volvió gradualmente a desaparecer. Solo cuando surgieron los primeros movimientos revolucionarios y el país se volvió incierto, Victoriano Masdéu advirtió a la familia y a sus amigos que

no hablaran de la habitación con nadie. Fue un secreto vociferado con cierta complicidad fiel, pero nunca llegó a salir del círculo íntimo del cual Victoriano pasó a ser el centro.

Una noche, Victoriano invitó a sus antiguos camaradas del colegio San Bernardino para festejar un año más de la promoción. Pero uno de los invitados y amigos, Carlos Cowley, no seguía el ánimo de la celebración. Sabía del reducto y estaba inquieto. Al terminar la cena, Cowley llevó aparte a Victoriano, sacó de su bolsillo un diminuto objeto envuelto en un pañuelo y se lo entregó.

18

—Guárdalo donde no puedan encontrarlo —le dijo a Victoriano—. Es de mucho valor. Anita, mi mujer, no sabe que lo tengo. Podrá servirle para cuando ella necesite dinero para irse de la isla. Yo me voy mañana.

Sorprendido, Victoriano no se lo comentó a nadie esa noche. Decidió guardarlo en la habitación, ya que no tenía ningún uso. Tres días después se hablaba en La Habana de la fuga de Carlos Cowley.

Al cuarto día, encerrado en la habitación y a solas, Victoriano abrió el pañuelo. Encontró un reloj de bolsillo con leontina de oro, marca Breguet, montado en una caja de oro y con incrustaciones de ónix y diamante. El reloj era una joya por los materiales empleados como por su artesano y su primer dueño, tal como rezaba la inscripción: *faite par Breguet pour m. le Duc d'Orléans en 1780*. Pero Victoriano no se dio cuenta del valor del encargo hasta que se lo dijo su vecino, que era a la vez su mejor amigo y uno de los hombres más cultos de la isla. Así fue como, al quinto día de la fuga de Cowley, entró a la habitación de la casa Masdéu el poeta Luis Leoncio Luna.

—Los relojes de Breguet —le explicó Leoncio Luna con su opresiva respiración asmática— fueron ya en su tiempo falsificados muchas veces. Por tal motivo, la mayor parte de los Breguet genuinos muestran, aparte de la signatura normal, un signo particular trazado según un procedimiento secreto y solamente reconocible bajo cierta iluminación, y además, casi siempre, una numeración registrada.

Verificaron. En efecto, al colocarlo oblicuamente y con la luz de las velas, hallaron el signáculo.

—Me temo, Victoriano —sentenció Leoncio Luna—, que usted está en la singular fortuna de poseer uno de los objetos más codiciados y que más rivalidad despierta entre los coleccionistas internacionales de hoy en día. Sin embargo, un poco aparte de la pieza, me inquieta la conjunción del ónix y el diamante. Son piedras con virtudes contrapuestas. La primera infunde miedo a quien la posea. La segunda da valor. Es un extraño equilibrio zoroástrico.

Victoriano, ajeno a las disquisiciones inexpugnables de Luis Leoncio Luna, le contó cómo llegó el reloj a sus manos y le pidió que no se lo revelara a nadie. El poeta asintió con una sonrisa.

Pero el Breguet fue apenas el comienzo. Luego llegó un diminuto dragón Pi-Hsieh, arcaico amuleto de jade rojizo de la dinastía Han, y que servía, según la creencia china, para espantar a los espíritus demoníacos. El Pi-Hsieh no tenía más de trece centímetros de alto, pero venía en una caja de mármol cinco veces mayor que hacía de templo para el amuleto. Su dueño, otro amigo de Victoriano, le advirtió que el amuleto y la caja no debían separarse. Como no podía llevárselo, le pedía que lo guardara para

19

cuando volviera a la isla. El coleccionista accedió. Pero lo hizo sin ninguna alegría: dos de sus mejores amigos partían casi al mismo tiempo. Un presentimiento le decía que no los volvería a ver.

20 Así empezaron a llegar más objetos de todos los tamaños y tipos, y más de uno por cada amigo o recomendado que conocía ese depósito fiel y seguro de la calle Trocadero. Arribaron un reclinatorio y una mecedora de esterilla Fischer hechos en Bohemia, tres estatuillas egipcias shawabti de madera de cedro con retoques dorados, un arbusto con pajarillos vivaces hechos en coloridos y estáticos vidrios de Murano, un reclinatorio mexicano con un entalle escondido de la Malinche, veintisiete copas de cristal del Mosser, un juego de té elaborado con plata peruana y de relumbre continuo, un jarrón de marfil hindú con dos astas en forma de cabeza de elefante, una carpeta de artículos que José Martí escribió en su estadía neoyorquina, un reloj de pedestal con la inscripción *Tempus Fugit*, tres cuchillos feroces... Las rarezas se sucedían sin fin. Nunca fueron rechazadas, salvo dos o tres voluminosas excepciones, como la de un músico que trajo un Pleyel de cola con teclas de alabastro. Seguramente suponía que la habitación secreta poseía dimensiones de fondo inagotable.

Desde aquellos días, Victoriano Masdú y Luis Leoncio Luna compartieron cada detalle, cada novedad, cada historia de un incipiente museo que, poco a poco, fue aumentando para asombro del coleccionista y regodeo del poeta. Asombro porque Victoriano nunca hubiera imaginado que sus amigos y conocidos pudieran tener objetos de una índole tan multivaria y costosa. ¿Cómo habían ido a parar a

Cuba el reloj del duque de Orléans y un amuleto de la dinastía Han? ¿Quién los había traído? Mientras Victoriano ahondaba en estas cuestiones y en la nostalgia de sus amigos, para Leoncio Luna no existía mayor satisfacción que recibir las sorpresivas invitaciones a descifrar los pormenores de cada nueva encomienda. Afinaba su curiosidad libresca diluyendo prodigiosos rayos de luz sobre las piezas de la habitación, de modo que su habla erudita las transparentaba, y deslumbraban la ignorancia del coleccionista. Así fue como las reuniones se concertaron ritualmente para los domingos. Victoriano limpiaba los objetos con fruición de numismático y repetía los datos curiosos de las casuales enseñanzas de su amigo. Leoncio Luna contemplaba placenteramente las antiguallas y evocaba otras de su propia familia. De cuando en cuando, fabulaba sin reticencias sobre la pieza de turno que Victoriano desempolvaba y pulía, mientras impregnaba con el humo de sus cigarros los breves metros cuadrados de la habitación.

Cuba quedó más aislada. El tiempo se detuvo a lo largo de sus costas de esplendor. Luis Leoncio Luna alcanzó fama continental por sus libros, pero era una fama triste, y el coleccionista incrementó en un número de diez mil objetos la atestada y casi intransitable habitación. También creció, aunque en medidas sin referencia real, la nostalgia de Victoriano. Conforme iba creciendo su museo privado y no recibía noticias de sus amigos dispersos por Estados Unidos, México y Europa, creyó imposible el reencuentro. Hasta pensó en irse de la isla. Más que su familia, lo detenía en anclaje la responsabilidad de los encargos de sus amigos. Luis percibía el estado de Victoriano, aunque

nunca le preguntó nada. Ambos compartían la condena de no salir jamás de Cuba, tanto el coleccionista para encontrarse con sus amigos, como el poeta para vencer su retraimiento con la fascinación de otros paisajes y el regocijo de una fama tardía.

—No podremos irnos de Cuba —sentenció Luis—. La *Ananké, la fatalidad está ahí, con su ojo fijo de cíclope*.

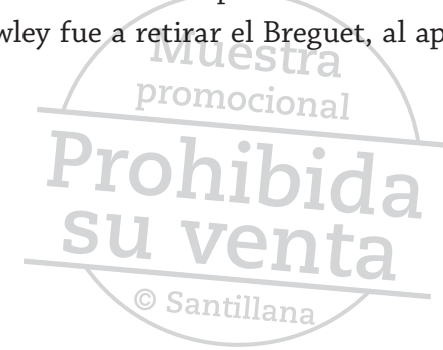
Y era la verdad. Luis Leoncio Luna, el amigo y vecino y gran poeta barroco murió dos años después de una deficiencia cardíaca. Una semana antes le había entregado a Victoriano los manuscritos de varios libros de poemas, publicados e inéditos. El coleccionista se extrañó tanto como aquella primera vez con Carlos Cowley. Le preguntó ingenuamente si se marchaba del país. Luis le respondió con una sonrisa de mandarín pero sin el aliento exaltado:

—Me voy a la Última Thule, querido Victoriano.

Como siempre, Victoriano no entendió en un primer momento la referencia erudita de su amigo. Pero cuando escuchó el alboroto lóbrego que se armó en la casa vecina por los estertores del poeta, un ramalazo lo atormentó hasta traducirle, borrosas, certeras, las resonancias de lo que significaba la Última Thule.

Cada vez más solo, el coleccionista continuó encerrándose ritualmente los domingos. Limpiaba las joyas, conservaba las reliquias y merodeaba en sus recuerdos, colocándolo todo en un hacinamiento furtivo que le servía para afianzarse en desorden a un mundo cifrado en el pasado. Nunca supimos cómo se sentía frente a la memoria de quienes pusieron en sus manos aquellos objetos. Creyó en herederos y viudas repentinas que vendrían a agradecerle su

fidelidad, y ese solo gesto habría bastado para compensar los años de silencio aventurado compartidos con su amigo. Pero solo Anita Cowley fue a retirar el Breguet, al apuro y sin reminiscencias.



Las emisarias



25

Dacal se hartaba a los tres días de la pulcritud de los hoteles. Por eso, cuando llegó, lo primero que hizo fue abrir un periódico. Necesitaba un departamento. Debía quedar cerca de su nueva oficina. Era indispensable que estuviera amoblado, con teléfono y televisor. Subrayó una dirección que satisfacía sus requisitos y salió del hotel.

Cuando entró al edificio del anuncio y encontró a una inquilina quejándose con el portero, se tranquilizó. El portero le decía que sí a la inquilina, agachaba la cabeza y volvía a afirmar que sí hasta que la mujer —más bien gorda, confirmaba Dacal— terminó su recriminación. La inquilina miró sin interés al extraño y volvió a su departamento. Dacal, entonces, descubrió qué era lo que faltaba en los hoteles de lujo.

—No te dejan ninguna posibilidad de reclamar —nos decía—. Ni las quejas más simples. Te cierran la boca con su eficiencia. Los hoteles de lujo literalmente no te dejan hablar. Fuera de sus restaurantes y el *hall*, dispuestos para el ruido, los hoteles y los cementerios son los lugares más silenciosos creados por el hombre.

Y es que Dacal necesitaba llamar la atención, quejándose por cualquier tontería. Para eso bastó que la dueña del